

Memoria ó Nociones, sacadas de los hechos y la esperiencia sobre la enfermedad conocida vulgarmente con el nombre de vómito negro ó febre amarilla / escrita por José Antonio Bernal Muñoz.

Contributors

Bernal Muñoz, José Antonio, 1776-1853.

Publication/Creation

Habana : Oficina de Pedro Martinez de ALmeida, impresor de la Real Junta Superior de Farmacia, 1835.

Persistent URL

<https://wellcomecollection.org/works/tz57xcnn>

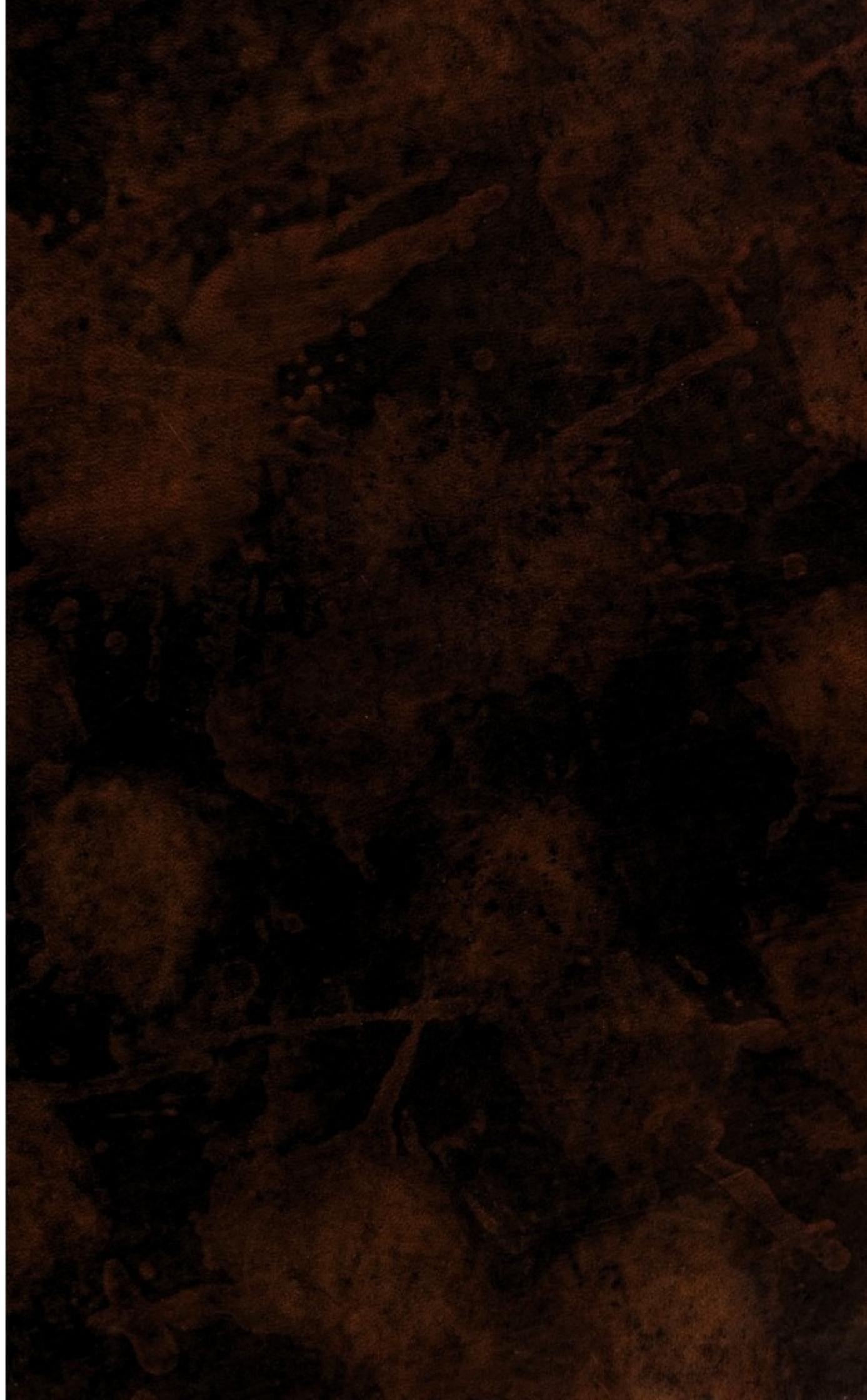
License and attribution

This work has been identified as being free of known restrictions under copyright law, including all related and neighbouring rights and is being made available under the Creative Commons, Public Domain Mark.

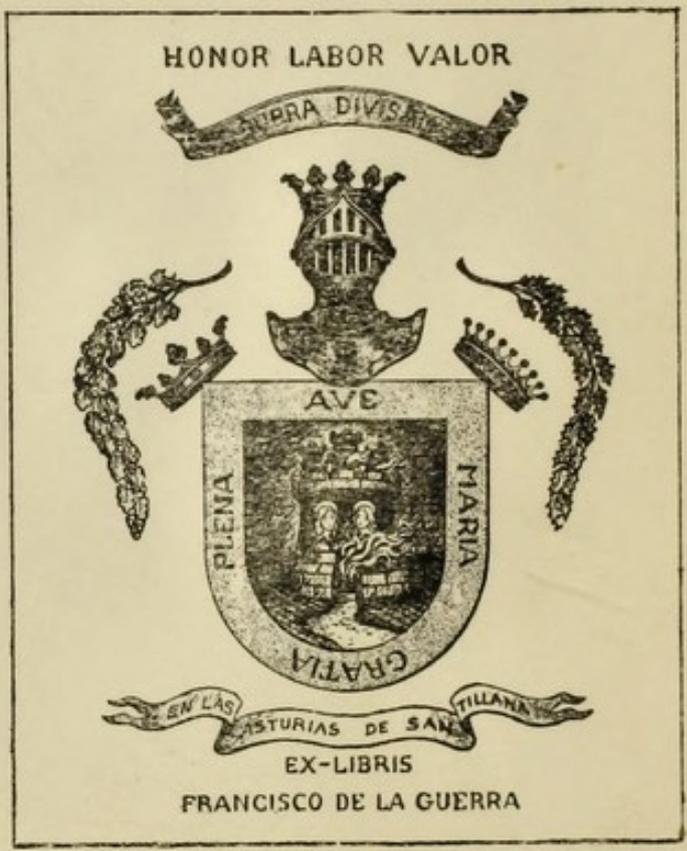
You can copy, modify, distribute and perform the work, even for commercial purposes, without asking permission.

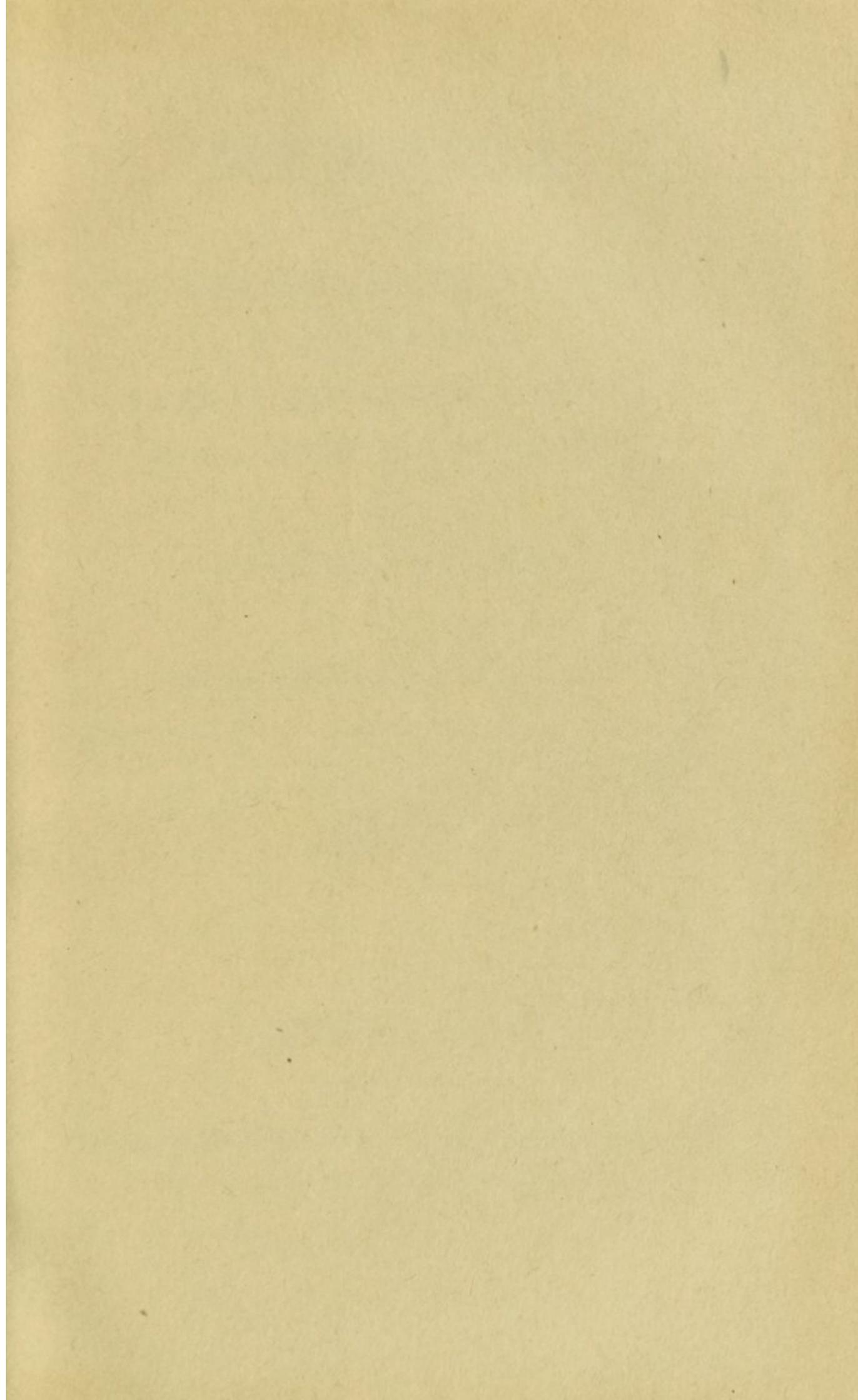


Wellcome Collection
183 Euston Road
London NW1 2BE UK
T +44 (0)20 7611 8722
E library@wellcomecollection.org
<https://wellcomecollection.org>



CV 10







Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Wellcome Library

<https://archive.org/details/b29320379>

MEMORIA

ó

NOCIONES, SACADAS DE LOS HECHOS

Y LA ESPERIENCIA

SOBRE LA ENFERMEDAD CONOCIDA

VULGARMENTE CON EL NOMBRE

DE

VÓMITO NEGRO

ó

FIEBRE AMARILLA.

*Escrita por el Dr. D. José Antonio Bernal Muñoz, ex-
Protomédico Regente, Vocal segundo, médico cirujano
de la Real Junta Superior Gubernativa de Medicina
y Cirugía de esta Isla, jubilado de la Real
Armada &c.*

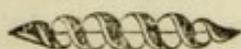
HABANA: 1835.



Oficina de D. Pedro Martinez de Almeida, impresor
de la Real Junta Superior de Farmacia.

11 0027

DEDICATORIA.



AL ESCMO. SR. D. MIGUEL TACON,

PRÓCER DEL REINO, GRAN CRUZ DE LAS REALES ÓRDENES AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y DE LA MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, CABALLERO DE LA DE SANTIAGO, BENEMÉRITO DE LA PATRIA, CONDECORADO CON VARIAS CRUCES Y ESCUDOS DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, TENIENTE GENERAL DE LOS REALES EJÉRCITOS, GOBERNADOR DE LA PLAZA Y PROVINCIA DE LA HABANA, CAPITAN GENERAL DE LA ISLA DE CUBA, PRESIDENTE DE LA REAL AUDIENCIA DE LA MISMA, DE LA ASAMBLEA PROVINCIAL DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y DEL TRIBUNAL DE APELACIONES PARA LOS NEGOCIOS Y CAUSAS DE COMERCIO DE ESTA PROVINCIA, SUBDELEGADO DE LA REAL CASA Y PATRIMONIO DE ESTA ISLA, DE LA SUPERINTENDENCIA GENERAL DE CORREOS, POSTAS Y ESTAFETAS, Y DE LA REAL COMPAÑÍA DE LA HABANA &c. &c. &c.—
Por su espíritu público; por su amor á la humanidad, y por sus sacrificios al bien general.

José Antonio Bernal Muñoz.

PRELIMINAR.

Difícil es el empeño de escribir una memoria sobre la *fiebre amarilla*, cuya curacion pertenece á la de las enfermedades internas, donde todos son escollos ocultos, y peligros ciertos: sobre una enfermedad, tan maligna y tan impenetrable, que, despues de ser observada por infinitos facultativos, ha hecho exclamar á uno de sus últimos observadores, que el médico regularmente se llega al lecho de los acometidos, mas bien para gemir por la insuficiencia del arte, que para combatir con ventaja una causa tan poderosa de dissolution y de muerte. Innumerables escritos corren acerca de ella: alguno ha estampado algo de útil: muchos, grandes contradicciones y errores; y no pocos el oprobio de su misma profesion. No me lisonjearé yo de escribir solo con acierto; pero no debo arredrarme con las dificultades, por mas insuperables que parezcan: á fuerza de investigaciones y de errores se obtendrá la verdad. Estimulado por una persona de alto carácter que sacrifica todo su tiempo al bien general, creo de mi deber contribuir con lo que pueda á sus laudables fines; mis conjeturas podran ser equivocadas; pero los hechos de que las he deducido son ciertos,

y siempre quedan y servirán de base á cualquiera de mis compañeros que quiera continuar mis investigaciones.

De las inmortales doctrinas del divino *Hipócrates* he sacado nociones sobre la *fiebre amarilla* que me han ilustrado en su curacion y pronósticos, admirándome una ciencia tan profunda que en el archipiélago de Grecia predijo verdades para la isla de Cuba hace veinte y dos siglos. De *Tomasini*, de los autores del Diccionario de ciencias médicas, de *Mr. Chabert* y otros facultativos de Nueva-Orleans he tomado muchas lecciones sobre la *fiebre amarilla*, y particularmente á estos últimos debo mucha parte de lo que sobre su curacion escribo, despues de haber observado sus escritos á la cabecera de los enfermos. Sin embargo, la teoría que sigo es independiente de autoridades: solo la que conviene con los hechos y la esperiencia, y desnuda de todo aquel adorno servil que procuran dar muchos autores á sus obras, modelándolas á las doctrinas dominantes del tiempo en que escriben, para hacerlas mas meritorias á aquellos que solo saben apreciar lo que está mas en moda.

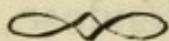
Este amor propio vanidoso ha hecho incurrir en este error á muchos, á quienes hemos visto escribir sobre la *fiebre amarilla* con arreglo solo al sistema dominante en medicina, ofreciendo prodigiosas curaciones que no pudieron acreditar con los enfermos que puso á su cargo el Gobierno, que habiéndolos creído les facilitó los medios de poner

en práctica sus ofrecimientos: de ahí provino que estos mismos autores, despues de algun tiempo, escribieron contradiciéndose, sin mas esperiencia ni racionio posterior, que haber leido las primeras obras de *Broussais*, cuya doctrina llevaban al cabo con los enfermos de *fiebre amarilla*, hasta que sucumbian anegados en su propia sangre, cubiertos de nieve y vinagre, y estenuados por la dieta mas rigurosa é inflexible. Estos escritos impotentes se encuentran aun en muchas de las librerías de nuestros médicos.

No se crea por esto que me opongo á la buena y juiciosa doctrina de los sabios prácticos y doctos maestros; sino á que el médico sea tan esclusivo sistemático que se contradiga en sus principios y sacrifique el enfermo á viciosas generalidades.

Incluiré una lista de los atacados de la *fiebre amarilla* que he asistido en el año anterior, para manifestar la clase en que sucumbieron ó el tratamiento por que se salvaron. No podrá ser exacta, por que de muchos no hago memoria, y de otros, aunque recuerdo haberlos curado, no he podido adquirir las noticias que deseo; y acompañaré tambien una relacion de los medicamentos que acostumbro usar con mejor éxito, para que, con mas facilidad, se encuentren, cuando llame la atencion la lectura de las curaciones ó tratamientos; y concluiré con los corolarios que he podido deducir de la observacion, para mejor conocimiento de los que lean con intencion de sacar fruto de la lectura.

FIEBRE AMARILLA.



Este es el nombre con que generalmente se conoce la enfermedad que acomete á los extranjeros procedentes de países frios, y á los naturales, que no habiendo venido jamás á los puertos de mar, no han podido aclimatarse en ellos. Es llamada tambien *vómito negro*, *tiphus icterodes*, *cardialgitis tropical*, *mal de Siam* y otros; pero ninguno de estos nombres conviene con la esencia de la enfermedad, por que estas clasificaciones son deducidas de síntomas predominantes, es verdad, y muy comunes en ella; pero que no se presentan en todos los que la sufren.

Generalmente se advierte una amarillez tan marcada que ha dado causa á la clasificacion de *amarilla* que se ha dado á la *fiebre*; pero no son pocos los que, habiéndola sufrido, no toman ese color ni en el éxito favorable, ni en el adverso. Muchas ocasiones se presenta el *vómito negro*; pero tambien se ven muchos enfermos que no experimentan este síntoma ya sea su resultado el de la muerte ó el de la vida. De modo que, no estando aun esplicada esta enfermedad por su esencia, conviene llamar la atencion de los médicos, para que la tengan presente, tanto en los extranjeros de países frios, como con los habitantes del interior que, viviendo á algunas leguas de distancia de los puertos, estan expuestos á sufrirla, cuan-

do se presentan en ellos; mucho mas si lo hacen en la estacion calorosa del Estío.

La medicina fisiológica, por sus principios, nos liberta de los errores en que queramos incurrir para dar nombre á las enfermedades por sus síntomas, y con mucha razon previene que se examine primero, sobre todo, cual es el órgano paciente, para conocer y meditar sobre sus padecimientos; y asi es que, bajo estos principios seguros, puede darse á la *fiebre amarilla* el nombre que le corresponde por el primero ó idiopático padecimiento de los órganos afectados. Este deberá ser, segun mis observaciones, *Dermo-musculo-gastro-hepatitis tropical* que quiere decir que los sistemas dermoides y muscular son los que primero se afectan, é inmediatamente despues el estómago y el hígado.

Sin embargo de que, á mi juicio, este es el nombre que debe dársele á la enfermedad, hablando fisiológicamente, dejo á los sabios fisiólogos que lo reformen ó innoven, si adquieren mejores conocimientos; siendo cierto que de cualquier modo es tan conocida esta enfermedad por todos los médicos del pais, que ninguno la equivocará con otra; y por lo tanto creo que, como quiera que se clasifique, será siempre bien conocida y curada metodicamente. La razon y la experiencia así lo demuestran.

Las personas que han de ser atacadas de la *fièvre amarilla* bajo la abrasada zona de nuestros trópicos, no sienten novedad alguna en la sa-

lud en los primeros dias, adormecidos así con una calma engañadora, hasta que repentinamente, del anochecer á la madrugada, sienten ligeros escalofrios en toda la periferia que inmediatamente se cambian en un calor exesivo, encendimiento, sequedad, y un ardor en el cútis que propagándose por medio del sistema muscular y nervioso al estómago y al hígado, produce dolores en todos los músculos al menor movimiento, pero mas pronunciado en las piernas, cintura y ojos: se afecta el cerebro con pesadez al principio que degenera despues en dolor supra orbital mas ó menos agudo; pena ó desconsuelo en la region epigástrica, y fiebre bastante marcada.

Estos síntomas son muy equívocos con los de la *fiebre catarral*, por que la causa que los produce en ambas obra primeramente sobre los sistemas dermoides y muscular; con la diferencia que, en esta obra en individuos aclimatados que experimentan solo una simple perfrigeracion, despues que el cútis ha sufrido su acostumbrado calor; y en aquella, en individuos que, no aclimatados, se exponen al exesivo calor atmosférico del pais, combinado con el aire del mar.

En una y otra se logra, en estos casos, una terminacion feliz por medio del sudor; y así es que en la *fiebre amarilla* de la cuarta clase, ó la menos maligna, que es la que se comprende en los síntomas referidos, se vé terminar felizmente la enfermedad á las cuarenta y ocho horas por medio de un plan atemperante y sudorífico que

haga sudar siete ú ocho camisas cada veinte y cuatro. Esta es la *fiebre amarilla* que algunos se jactan haber curado con facilidad, y que efectivamente se cura con mucha frecuencia por cualesquiera personas, con pediluvios, naranjadas y otros diluentes templados. Con los mismos remedios, y el abrigo se cura la fiebre catarral, de la que suele quedar algun constipado en el pecho, garganta, y cabeza, sino se ha logrado que el mal termine del todo por medio del sudor; y estos residuos catarrales ceden con el mismo método, observado con constancia y moderacion.

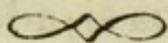
Si la *fiebre amarilla* se presenta con benignidad, y se logra desde el principio el sudor, en los términos que se ha dicho, cesa del todo el mal; pero si es de la tercera clase, es decir, si acomete con mayor grado de intensidad; á pesar del sudor abundante se desarrollan despues otros síntomas que indican que el espasmo se aumenta y comunica á las grandes cavidades, órganos centrales y grandes troncos y que le acompaña la flegmasia con los síntomas que la caracterizan; que son, aumento de *fiebre*, dolor de cabeza, sensibilidad al epigastrio, sed y continuacion de los dolores ó desconsuelo en las piernas y cintura.

Todos estos síntomas cesan y la enfermedad desaparece al cuarto dia si, ademas del tratamiento indicado, se usan los antiflogísticos y antipas-módicos mas poderosos, como son, las sangrías generales en las extremidades inferiores de seis ú ocho onzas, con intervalos de seis horas; locales

y ligeras en el epigastrio, y la bebida y untura opiada en los términos que se esplicará en el método curativo; cuyo régimen no debe interrumpirse hasta la cesacion de todos los síntomas, que se logra con otro sudor que vuelve mas abundante, y que debe aguardar con cuidado el profesor juicioso y observador.

Esto prueba que la causa de la *fiebre amarilla* obra primeramente sobre la cútis y músculos, produciendo una sideracion sobre la potencia nerviosa que, despues se propaga con resultados tan distintos, que muchos de los mejores prácticos han creido deber dividirla en cuatro clases diferentes, aunque verdaderamente no son mas que grados de una misma causa que se presenta y obra con mas ó menos intensidad ó violencia. Sin embargo no creo inútil esta division, ya sea por grados ó por clases, para mejor inteligencia de los lectores, mayor conocimiento de los facultativos, y mas facilidad de conocer y distinguir los diversos modos con que ataca el mal, y de combatirlo con ventaja hasta lograr su aniquilamiento; y asi haré tambien las divisiones que se veran en lo adelante.

CAUSA DE LA ENFERMEDAD.



Sabios y beneméritos autores han escrito designando la causa que produce la *fiebre amarilla*: escritos elocuentes se encuentran sobre esta

materia, y muchos llevan sus racionios y conjeturas hasta lo metafísico, quizá sin haber visto algunos de ellos ni un solo enfermo de *fiebre amarilla*, llevados solo de la lectura de los escritos que de ella tratan; de lo que de ellos han podido deducir, y de lo que les ha sugerido su imaginacion acerca de una enfermedad, tan cruel como terrible. Yo solo busco esta causa por la observacion de los hechos y la experiencia. Esta me ha enseñado que la causa de la *fiebre amarilla* es el excesivo calor atmosférico de los puertos de América, combinado con el aire del mar, y los vapores exhalados de los cuerpos de muchos habitantes reunidos en una poblacion: vamos á demostrarlo.

Los habitantes de países frios, lo mismo que los naturales nacidos y habitantes en lo interior y, que no estan aclimatados en los puertos calorosos de América, por no haber venido jamas á ellos, no sufren la *fiebre amarilla* si se mantienen fuera de los puertos de mar, y no estan exentos de ella si vienen á las grandes poblaciones marítimas, aunque sea despues de muchos años de permanecer en el pais.

He visto muchos vizcainos, canarios y otros que habiendo desembarcado en esta Ciudad en los meses del invierno, y retirándose inmediatamente á los campos á ocuparse en sus respectivos ejercicios, no han sido acometidos de la *fiebre*; sin embargo de que han venido annualmente á la Ciudad, siempre á fin del año, á dejar el produc-

to de su trabajo en poder de sus patronos ó amigos; pero tambien he visto á estos mismos que, confiados en una seguridad falsa y funesta; creyéndose ya aclimatados y libres de la *fiebre amarilla*, han venido á la Ciudad en las estaciones calorosas de la Primavera ó del Estío á reunir sus intereses para regresar á su patria; y han sido víctimas de este enconado azote que, parece guarda su veneno para acometer aunque sea al cabo de muchos años. Así sucedió en la casa del Sr. D. Pedro Regalado Pedroso con un vizcaino, carpintero que fué de su ingenio por espacio de nueve años, y con tres isleños de Canarias despues de habitar siete años en los campos y haciendas del difunto D. Matías Sarmiento.

Los naturales del pais que, nacidos en el campo no han venido jamas á esta Ciudad marítima, mueren de la *fiebre amarilla*, por haberse presentado en ella en la rigurosa estacion del Estío, confiados en una aclimatacion que no es bastante para ser respetada. Dos hijos de D. N. Amores vecino de Baynoa distante doce leguas de este puerto, varon y hembra, de edad el primero de veinte años, y de diez y seis la segunda se cuentan en el número de estas víctimas: tambien lo fué una hija de D. Cárlos Machado, de catorce años, vecina de las Cangregeras, distante cuatro leguas y media de esta Ciudad; y la de D. José Dubrocard, de diez y seis años, nacida en Pendenias partido de Alquizar á catorce leguas de este puerto: ninguno de estos jóvenes había venido ja-

mas á la Habana; quisieron verla y pasearla; vinieron en los dias del calor y de peligro, y solo encontraron una muerte temprana y lastimosa.

Muy numerosos son los casos semejantes observados por los médicos del pais, y de todos ellos resulta: que es necesaria la reunion de las tres causas indicadas para producir la *fiebre amarilla*, bien sea en los extranjeros, bien en los naturales no aclimatados en las grandes poblaciones marítimas. El vizcaino mencionado vivió nueve años en un ingenio dos leguas distantes del puerto del Mariel; allí solia ir muchos dias de fiesta con otros paisanos, y con objeto de divertirse no se escusaban exesos en la comida y bebida: la hija de Machado y los jóvenes Amores se pasearon muchas veces por las playas del Norte que distan una legua de las Cangregeras y cuatro de Baynoa, lugares de su habitual residencia; la de Dubrocard hizo los mismos paseos á las del Sur, distantes solo tres leguas de su habitacion; y sin embargo no padecieron el *vómito* ó la *fiebre* hasta que no se presentaron en la Habana, donde se experimentaba el mismo calor y corria el mismo aire del mar que en el Mariel y las demas playas; pero donde se respiraban ademas las exhalaciones emponzoñadas de una multitud de cuerpos humanos reunidos.

De estos hechos se deduce que ninguna de las tres causas separadas, aun que sean acompañadas de grandes exesos, basta para producir la *fiebre amarilla*; y que es necesaria la reunion de las

tres, funestamente combinadas, para dar lugar á la terrible enfermedad que investigamos. Si esta causa compuesta de los tres agentes indicados, no es la que produce la *fiebre amarilla*, ignoro cual sea; mis conjeturas son hijas de la observacion y la experiencia, y por la conviccion, mediante los hechos, conoceré cualquiera otra que se me asigne; pues aun cuando las exhalaciones de muchos cuerpos humanos reunidos en poblacion no sean una parte de la causa eficiente, son las que predisponen al individuo no aclimatado para que el calor y el aire del mar produzcan en él sus mortíferos efectos. No creo que puedan explicarse de otro modo los casos mencionados.

Modo con que afecta dicha causa á los individuos no aclimatados para producir la fiebre amarilla.

La libertad que tiene el hombre de pensar es uno de los goces que mas lo engrandecen, haciéndolo superior á los demas vivientes; y aunque todos los pensamientos no pueden publicarse, segun las leyes que prefieren el órden social á una libertad desordenada; sin embargo, cuando se piensa en obsequio de la humanidad en el arte ó facultad que cada uno profesa, no se conocen límites que se opongan á la publicidad de los pensamientos; mucho mas cuando cada uno se conserva dentro del círculo de su deber.

El arte de curar las partes internas presenta grandiosos campos para pensar y escribir; pero llenos de espinas y malezas, de dificultades y desengaños. De ahí es que cada poco tiempo se aparece un nuevo sistema, una doctrina moderna, un corifeo alucinado, una invencion estraña; autores muchos, diferentes en opinion, contrarios en ideas: en fin la medicina interna no está sujeta á reglas fijas y exactas, y hablando con franqueza; no es mas que el resultado de los remedios, confirmado por los hechos y la experiencia. Es verdad que se necesitan teorías para formar las conjeturas; pero de ellas es que debe valerse el médico en una ciencia tan precaria é inexacta que el mas juicioso y experto yerra á cada paso; y he aquí la razon por que en ella ha valido mucho siempre el charlatanismo y la pedantería.

La opinion que voy á exponer no la creo infalible, ni tan arreglada que en cualquier tiempo me parezca la mejor, si nuevas experiencias me demuestran otra cosa; pues, hasta ahora, á la observacion de los hechos es á quien debo mi exposicion. No faltará quien vea de diferente modo mis ideas; porque, por desgracia, pocas veces se encuentran dos profesores de una misma opinion. Cada uno tiene su modo de ver; porque es muy vasto el campo de dudas que presenta la medicina, y por consecuencia muy varios los pensamientos y diferentes las opiniones.

La educacion médica, por una parte; la costumbre de tratar con frecuencia tal sistema ó doc-

trina; el modo de juzgar sobre una idea, tal vez por el coordinamiento de las palabras mas bien que por la esencia; y la miseria humana, por otra, que arrastrada por cualquier pasion, ve lo malo como lo bueno, si es dicho por una persona de nuestro agrado, y al contrario si viene la idea de uno que no es amigo, haciéndose por lo comun un funesto monopolio donde la verdad está obscurecida; todo contribuye á esa divergencia que es, por decirlo así, un patrimonio de nuestra profesion. Yo, conociendo estas verdades que me han enseñado los años y la experiencia, no me arredro al esplicar mis ideas con aquella libertad é independenciam que solo pueden producir resultados benéficos á la humanidad.

Para aclimatarse los que no han vivido mas de un año en los puertos de estos cálidos países necesitan ponerse al igual de estos habitantes en su modo de ser y existir, sufriendo un cambio casi general, una mudanza de usos casi diametralmente opuesta á los que gozaron desde su nacimiento hasta la llegada á estos países. Aquí se vive bajo una temperatura inconstante: los calores son excesivos la mayor parte del año; los frios ligeros, poco duraderos, y generalmente interpolados con los vientos cálidos del Sur: de aquí es que los sudores son muy abundantes y la laxitud y flojedad consigüientes. Como los sudores son tan necesarios, su falta es dañosa, y por esto se goza de mejor salud en el Estío que en el Invierno; en esta última estacion la parte blanca

de la sangre reconcentrada por la falta de transpiracion copiosa produce las enfermedades catarrales, llamadas vulgarmente resfriados ó fluccionnes, las anginas, constipados &^a

No se necesita mas que ver en este pais un extranjero no aclimatado para conocerlo por su existencia física. La hermosura de su tez y color vivificante que lo anima: la musculatura atlética y bien marcada, y el pronunciamiento general de su fisonomía y acciones, demuestran bastante cuanta es la energía y firmeza de que gozan sus sólidos, y cual el bálsamo y buena compaginacion de sus líquidos, entre los que se guarda un equilibrio proporcionado para el goce de salud y verdadero estado normal. Sin embargo; este estado de perfeccion y de fuerza suele ser el mas funesto; porque la *fiebre amarilla* no ataca á los ancianos, mugeres y niños con la intensidad y violencia que á los jóvenes; pareciendo asi que este mal terrible se complace en hacer sucumbir la robustez y juventud con preferencia á la debilidad y la vejez; en todos obra, empero la causa de la misma manera, con solo la diferencia ó graduacion que toma del modo de ser ó estar de la persona predispuesta á recibirla.

Como la causa de la *fiebre amarilla* obra directamente, como ya hemos dicho, sobre la cutis ó periferia, lo mismo que en la parte interna pulmonal, por medio de la inspiracion; cuando el individuo no aclimatado se halla en un estado de acaloramiento, estímulo ó irritacion que jamas.

ha sufrido, sus sólidos y líquidos padecen un cambio tan marcado como extraño en el paciente. La periferia está seca, acalorada, escandecida; y así es que á la menor perfrigeracion de la noche ó madrugada se espasmodiza, y constipándose mas, aumenta el calor central, y se rarefacen todos los líquidos, en particular la bilis, que es el humor mas cálido de nuestro cuerpo; con tanta mayor razon, cuanto que los padecimientos del órgano que la elabora, que es el hígado, son endémicos en este pais, como lo es tambien la enfermedad de que se trata. De aquí el desarrollo de la *fiebre* que, despertando las simpatías segun los órganos mas afectados, y las relaciones del tejido, se presenta con mas ó menos gravedad, á proporcion del sujeto que la sufre y circunstancias que en él concurren en el acto de la invasion.

Este espasmo flogístico periférico y central es la causa próxima ó inmediata de la enfermedad; y así es que, por medio del sudor abundante, se han curado muchos individuos de la *fiebre amarilla* en cuarenta y ocho ó setenta y dos horas, con solo el uso de diaforéticos y antiflogísticos con que generalmente se socorre esta clase de espasmo. Hay casos ademas en que, por circunstancias particulares, apesar de los remedios indicados, continúa la enfermedad; ya porque no cesó del todo el espasmo, que, habiendo sido fuerte y exesivo, permanece en los órganos centrales de donde nacen fenómenos morbosos que deben combatirse; ya porque, aunque cese del todo, ha-

lla dejado congestiones, y tal grado de rarefacion de los líquidos que conduzca el segundo periodo, que es el flogístico y flegmasiaco.

Este segundo periodo se debe hacer abortar con los antiflogísticos de primer orden en cantidad proporcionada á las fuerzas del paciente y en cortos intervalos; á fin de que en la calma aparente que sigue á este segundo periodo pueda observar el facultativo el modo con que debe combatir y vencer el curso de la enfermedad. Si entonces se observa ictero antes del séptimo dia; derrames en el vientre, infiltraciones é infartos en el hígado, ya se sabe que amenaza la disolucion de la bilis; y si se presentan hemorragias, manchas cardenas y petequias por todo el ámbito del cuerpo, indica la de la sangre; y el médico, por estos preliminares, debe prepararse á la lucha con una ó con otra, ó con las dos á la vez (1) en el tercer periodo que va á presentarse, por los medios que despues se indicaran.

No me detendré en explicar la diferencia de espasmos nerviosos y flogísticos, porque ademas de estar muy bien explicados segun la doctrina de *Cullen*, no hay profesor que ignore que unos cesan, combatidos por los antiflogísticos, y otros por los tónicos y estimulantes, graduados segun la fuerza del mal, como lo enseña la experiencia.

(1) *Urgentiori est occurrendum, altero non neglecto.*

De los periodos que se observan en la fiebre amarilla.

La enfermedad de que se trata guarda tres periodos bien marcados. El primero es el espasmódico con que principia, viéndosele terminar, por medio de un copioso y constante sudor, á las cuarenta y ocho horas poco mas ó ménos despues de la invasion. El segundo es el flegmasiaco, ó inflamatorio, con los síntomas que caracterizan una verdadera flegmasía, que se hace abortar rapidamente con los antiflogísticos de primer orden, aplicados en cantidad y frecuencia, proporcionada á las fuerzas del paciente y á los síntomas flegmasiacos que se presentan. El tercero es unas veces adinámico ó pútrido; otras atácico; y no pocas, complicado de uno y otro. Las manchas moradas, petequias y hemorragias pasivas demuestran el primero: la anomalía ó irregularidad de los síntomas y fenómenos, el segundo; y el tercero, la complicacion de uno y otro, con los síntomas característicos de ambos, como se verá despues en la explicacion de las clases ó grados en que tambien puede dividirse esta enfermedad.

Diferentes clases de fiebre amarilla.

PRIMERA CLASE.

Cuando la enfermedad invade á individuos de vida desordenada que, sin temer este mortífero

azote, ó abrigando tal vez una fatal confianza en su robustez y edad floreciente, se arrojan á cometer exesos en el uso de licores, comidas saladas y picantes, insolaciones &^a, la causa de la *fiebre amarilla* se ceba en ellos con los estragos mas violentos y horrorosos; á la menor perfrigeracion desarrolla como por encanto todos los síntomas mas alarmantes; á la vez que se hacen sentir los dolores musculares, sequedad, calor de la cútis y *fiebre* alta; el delirio frenético se presenta con tanto vigor y energía, que el paciente, fuera de si, necesita de todos los esfuerzos de los asistentes para no ser víctima anticipada de sus propios furros; se niega á todos los remedios que se disponen, y sucumbe en el breve término de veinte y cuatro ó treinta y dos horas. Esta es la primera especie de esta clase.

La segunda es la que se manifiesta en individuos de una naturaleza delicada que han sufrido grandes pasiones de ánimo, y que abrigan un temor tan vehemente á la enfermedad que se hacen inapetentes, y solo viven en la triste expectativa del mal que ha de devorarlos: á estos les invade repentinamente con una sideracion suma en la potencia nerviosa; *fiebre* pequeña, calor en la cútis; se presenta inmediatamente el delirio comatoso, y termina la vida en pocas horas (1).

(1) De estas dos especies comprendidas en la primera clase solo he visto cuatro casos. Uno en los bajos de la casa de D. José Patiño esquina á la calle de la Cuna, en un isleño nombrado Diego Perdomo y tres en una fragata grie-

Poco tienē que hacer el médico en estos casos desgraciados; los socorros del arte son casi siempre inútiles; y si acude á los reclamos del paciente es mas bien á ser testigo de una lucha desventajosa, que á suministrar auxilios suficientes contra un agente invencible. No debe sin embargo permanecer de simple expectador: aun cuando no haya esperanzas deben buscarse por medio de tentativas, y los deberes de su profesion le imponen el de prestar los auxilios del arte aun en medio de la desesperacion y el desconsuelo.

En la primera especie se usará del baño general templado de media hora, afeitada que sea antes la cabeza; fricciones generales de aceite anodino tibio, principalmente en el cerebro, columna vertebral, articulaciones y vientre; sinapismos fuertes sinapizados y calientes á los pies, y cataplasma anodina laudanizada templada á la cabeza. Si á la vez se pudiese hacer tomar la bebida calmante de primer grado, se le daran dos cucharadas por hora, y en su defecto se usará de una ayuda anodina con los mismos intervalos, proporcionándole beber cualquier líquido de la clase de los diluentes templados.

Si despues de media hora de administrado el último remedio, los que se habran verificado sucesivamente y sin interrupcion, se notare tranqui-

ga que vino á este puerto el año de 1813 cuya tripulacion murió toda de la *fiebre amarilla* y el buque fue vendido á D. Isidro Inglada.

lidad en el paciente, se repetiran los mismos medicamentos; y hechos estos por segunda vez, se le dará una sangría en el tobillo de ocho á diez onzas, repitiéndola á las dos horas, si subsisten las fuerzas y los síntomas flogísticos que se presentaron desde el principio. Estos son los remedios que estan indicados en esta especie de *fiebre amarilla*, y son, á mi juicio, los que administrados por mano diestra y práctica para continuarlos, suspenderlos ó retardarlos segun el alivio ó mayor intensidad del mal, podran obtener alguna vez un resultado dichoso.

En la segunda especie de esta clase se usaran vegigatorios en las extremidades y en la cabeza con epipásticos calientes á los pies; si se le pudiere hacer tomar algo se le dará una cucharada de la bebida etérea cada hora, y en su defecto una ayuda antipasmódica cada dos. Estos remedios se usaran segun los efectos que se observen. El pronóstico de esta clase de *fiebre amarilla* que hemos dividido en dos especies es mortal; no solo por su intensidad, sino porque los pacientes no se prestan á recibir los auxilios de la medicina.

Para consuelo de la humanidad debo decir que estos casos son raros. En treinta y siete años de práctica solo he visto cuatro; tres de ellos en habitantes de regiones muy lejanas, y el otro en un individuo de vida muy desarreglada. Por esta razon no he tenido mucho lugar de hacer observaciones exactas sobre esta primera clase, y no estoy léjos de someterme á lo que digan con mejor

acierto prácticos mas experimentados; sin embargo, no estoy conforme con muchos de ellos que usan un mismo tratamiento en una y otra especie de esta primera clase: he visto que una y otra se presentan con diferentes síntomas, y las conjeturas y analogía con las otras clases me hacen creer que deben ser diferentes las indicaciones. No se diga que es una misma la causa que las produce: aunque así fuera, las causas obran según el modo con que se reciben: el Sol seca el lodo y derrite la cera, blanquea el lienzo y oscurece el cutis. *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur.*

SEGUNDA CLASE.

A los jóvenes, ó de edad consistente, fuertes y robustos que, aun sin cometer exesos, no se precaven de los acaloramientos é insolaciones; á los que han padecido enfermedades que han necesitado el uso del mercurio, ó á los que en algun tiempo han sufrido el escorbuto, les ataca esta enfermedad con síntomas muy alarmantes que caracterizan esta segunda clase no muy comun en este pais; pero en menor grado que la primera.

Sequedad, calor, y color muy encendido en la cutis á la menor perfrigeracion; dolores agudos musculares, y muy marcados en la cintura, piernas, muslos, y ojos al moverlos y ver la luz; lengua pálida mucosa; sed, poca ó ninguna al principio, aumentándose por grados; sueño interrumpido, y desorden en las ideas intelectuales. Estos

son los primeros síntomas que, según se aumentan, acreditan la mayor fuerza y violencia del espasmo.

Deben combatirse sin pérdida de tiempo; proporcionando al enfermo cama con moderado abrigo según la estación; ordenando baños de pies calientes aromatizados ó sinapizados; sinapismos fuertes y calientes después del baño, á los pies cada tres horas; y fricciones generales templadas de aceite anodino (1) y con mas actividad en el cerebro, columna vertebral articulaciones y vientre, abrigándolo después y dándole inmediatamente la cuarta parte de la bebida opiada del segundo orden templada, y proporcionándole por única bebida el líquido ó diluyente atemperante que mas agrade al paciente, del que se le podrá dejar tomar cuanto quiera.

Adviértese que los ácidos, como la naranja-da, agradan y asientan bien á los principios; pero después acedan el estómago y mueven á vómito lo que se debe evitar. El agua natural sola, ó con azúcar templada, es lo que mas arreglará el estómago en este caso.

Este método debe seguirse sin interrupción y con la mayor eficacia las primeras veinte y cuatro horas, hasta que se presente el sudor, que será mas ó menos copioso; entonces, cuando el enfermo su-

(1) El baron de Humboldt dice que en Vera-Cruz observó muy buenos efectos de la fricción oleosa, en los enfermos de la *fiebre amarilla*; que suavizaba mucho el cutis para que se promoviera el sudor con mas facilidad.

dare demasiado, se cuidará de mudarle ropa, y continuará el mismo régimen hasta las cuarenta y ocho horas.

Pasado este tiempo, si, á pesar del sudor, se desarrollan los síntomas del segundo periodo, como son, sed; ojos inyectados; dolor agudo de cabeza supraorbital; lengua encendida por sus bordes; sensibilidad del epigastrio; algunas náuseas; astricción del vientre, y pulso duro, aunque minorada la fiebre, no debe perderse el tiempo para usar el plan antiflogístico de primer orden á larga mano y en cortos intervalos.

La sangría general de pies de ocho á diez onzas será el primer remedio, repitiéndola á las tres horas sino se ha observado una perfecta diminución del estado flogístico, y sin perjuicio de usar á la vez emisiones locales con ventosas ó sanguijuelas en el epigastrio: unturas anodinas al vientre templadas: cataplasmas emolientes y aciduladas. Por única bebida se usaran los diluentes templados en los términos dichos y en cortas dosis para no dar lugar al vómito. Las bebidas frias, aumentando el espasmo ó contractilidad del estómago, lo promueven, lo mismo que los ácidos muy repetidos, aunque sean tibios; y así es que solo con tragos de agua templada se contienen generalmente las náuseas. En la cabeza se pueden usar defensivos templados emolientes y anodinos con la frecuencia que exija el mal.

Este tratamiento se continuará por cuarenta y ocho horas, que es hasta el fin del cuarto día.

ó principio del quinto, en cuya época se empieza á manifestar la calma, ó disminucion de los síntomas, que por lo regular se observa en esta enfermedad entre el segundo y tercer periodo. Esta calma, tan conocida de todos los prácticos, puede presentarse de dos modos; ó engañosa, que se burla de los enfermos, médicos y asistentes poco prácticos; y es siempre mortal; ó peligrosa, si la enfermedad pasa al tercer periodo, presentando dentro del quinto ó á principio del sexto dia los síntomas que lo acrediten.

Cuando los enfermos han sido abandonados en su principio, ó los remedios no han podido socorrer los estragos producidos por el demasiado poder de las causas ocasional y eficiente de la enfermedad, entonces se presenta la calma engañosa con amarillez del rostro y de la córnea, y principalmente con el muy marcado síntoma del pulso demasiado tardo y flojo. El paciente, no sintiendo ninguna mortificacion física, viéndose en aptitud de ejercer todas sus funciones, y su razon bien ordenada, se juzga sano y salvo del peligro, y una muerte páfida y oculta le acomete y lo aniquila repentinamente.

Este pulso tan tardo, como no se observa otro igual, indica que hay degeneracion orgánica; que esta vida se acaba, y que la de relacion se apropia con mayores esfuerzos las propiedades vitales que aquella va perdiendo, para sucumbir ambas con la rapidez mas espantosa. La autopsia demuestra que la fuerza del mal en sus principios

hizo grandes estragos en el hígado, encontrándose este con infiltraciones biliosas, é impregnado de ese humor en lo exterior, por la rupcion de sus membranas y conductos biliares.

Si la enfermedad llega á presentar los síntomas del tercer periodo en que se desarrollan grandes fenómenos que acreditan el estrago y disolucion de la bilis y de la sangre, sus derrames y degeneraciones, el quinto dia es de crueldad y lamento. Los vómitos repetidos van por momentos manifestando la alteracion de ese humor ardiente que de amarillo pasa á verde obscuro, y por último á negro; y las hemorragias, de la nariz, encías é incisiones de ventosas y sanguijuelas, debilitando al paciente, presentan á la vez los signos de un tippo pútrido, ó mejor dicho, una irregularidad de síntomas y signos de putrefaccion que es la reunion de lo atácico y adinámico; y es uno de los periodos en que termina este mal desgraciadamente en el quinto ó al principio del sexto dia.

Como las indicaciones estan complicadas en esta mixtion de síntomas, y la gravedad del paciente se aumenta con el delirio, frecuencia de los vómitos, é indocilidad á las órdenes del médico, poco ó ningun fruto puede sacarse del arte de curar en este caso, y la muerte sobreviene sin poderla alejar.

Preciso es, sin embargo, atender á las dos indicaciones que se presentan reunidas, cuales son; corregir la disolucion de la sangre, y desalojar el

humor bilioso alterado, por medio de evacuaciones ventrales, que tienden á la vez á contener las hemorragias y los vómitos.

Para el efecto se administraran ayudas muy repetidas áccido-salinas purgantes, con el objeto, no solo de poner bien corriente el vientre, sino de aumentar el movimiento peristáltico de los intestinos, para cohibir el antiperistáltico pervertido que produce los vómitos; se usaran unturas al vientre repetidas con el aceite laudanizado templadas, y dos cucharadas cada hora de la bebida opiada de primer órden, retardándola ó aumentándola, segun la urgencia de los vómitos. Por única bebida se permitirá el agua fria helada á cucharadas; en los intervalos de la bebida se usaran friegas repetidas en las extremidades, de hielo; aplicando este, con mas frecuencia, en los puntos de las hemorragias.

Aunque en esta segunda clase, este estado de los enfermos en el principio del tercer periodo, es por lo general mortal, se han observado algunos casos raros en que se han salvado enfermos con los remedios prescritos, despues de tan inminente peligro.

Si por fortuna los líquidos no han sufrido á la vez tanta alteracion, y solo si el sanguíneo ó bilioso; entónces el tercer periodo de esta segunda clase puede tener una terminacion feliz, por que se presentan solo los síntomas que acreditan la perversion de la bilis, ó los de la disolucion de la sangre.

Si lo primero, se sigue una indicacion recta desde los momentos en que la calma peligrosa los

demuestra. Se usaran las cataplasmas emolientes; ayudas áccido-salinas purgantes con frecuencia; la tisana tamarindada laxante (1) ó los polvos de magnesia nitrada disueltos en el líquido que mas pueda soportar el paciente, y administrado en las dosis que resista su estomago, para no promover el vómito; permitiéndosele por única bebida el agua natural fresca sola ó con azúcar.

Si la frecuencia de los vómitos no permitiese dichos remedios internos, se usará la bebida opiada de primer orden, contándose entonces con el uso mas activo de las ayudas. Evacuado que sea algun material negro ú obscuro por la evacuacion ventral las esperanzas de restablecimiento son mas seguras, pues las evacuaciones y vómitos negros en esta enfermedad, aunque no son buenos, no son siempre mortales (2).

Se deberan sostener las fuerzas del paciente con alimentos ligeros como atoles, leche ó caldos sim-

(1) Quibus in febribus icterus supervenit ante septimum diem, malum est. (Nisi confluxus humorum per alvam fiat.) *Hipócrates* seccion 4, aforismo 62.

(2) D. Marcelino Turnieri y D. Juan Balenchana asistidos en la casa del Señor D. Ignacio Herrera: el Esce-lentísimo Señor Mariscal de Campo D. José Bellido curado en la casa del Señor Inspector General D. José Cada-val; el Teniente Coronel D. Fulgencio Salas en frente del Escelentísimo Señor Conde de O-Reylli; y la Señora D^a Dolores Quesada curada en la casa de las Señoras Arango en frente de la Merced, y otros muchos como saben todos los prácticos, se salvaron despues de haber sufrido vómitos y evacuaciones negras en abundancia.

ples en pequeñas dósís, y consultando su gusto. En estas circunstancias los pacientes sufren vértigos; sudores frios; fatigas, y otras incomodidades, para la expulsion de esos materiales negros ú oscuros; con todo se deben hacer expeler, á pesar de cualquier síntoma con la continuacion de las ayudas; auxiliando las fuerzas de la naturaleza con sinapismos volantes en ambas extremidades, y permanentes á los pies, y cataplasmas epipásticas en el estómago, si hay pena desconsuelo ó fatiga. Con este método se han salvado los citados en la nota y otros muchos.

Si lo segundo, que es cuando se presentan los síntomas de la disolucion de la sangre, la indicacion tambien es recta y única. Se combatirá con limonadas frias y quinadas por única bebida, segun lo resista el estómago: ayudas de cocimiento de quina aciduladas frescas: friegas de hielo en las extremidades: unturas laudanizadas al vientre y sinapismos permanentes á los pies.

Si los vómitos no permiten el uso interior de los medicamentos, se usará la bebida opiada de primer órden, segun la urgencia y á proporcion que estos se contengan; si la debilidad se aumenta, se podran administrar cucharadas de caldo ligero de ternera ó pollo con yervas frescas y saturado con zumo de limon.

Todos estos remedios, asi para el tercer periodo mixto, atácico-adinámico, como para el uno y para el otro, deben administrarse, segun las

circunstancias particulares de cada enfermo, y la práctica del profesor que los dirige.

El pronóstico en esta segunda clase de *fiebre amarilla*, cuyo tercer periodo es atácico, ó adinámico solamente, es peligroso; pero no siempre mortal: muchos se han salvado en esos casos.

TERCERA CLASE.

Los mismos síntomas de la segunda clase se presentan en esta; pero mas modificados, y en graduacion menos peligrosa.

Si no se ha logrado hacer abortar la enfermedad, por medio del sudor, con el plan propuesto en la clase anterior á las veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas primeras; aun cuando se hayan usado las emisiones de sangre como anti-espasmódicos, segun se ha dicho, el periodo flegmasiaco se presenta sucesivamente con los síntomas que lo acreditan. Debe combatirse con los anti-flogísticos de primer orden, proporcionando su fuerza y repetición á las del enfermo y al aumento ó diminucion de dicho periodo.

Sobreviene entonces una intermision que indica claramente el alivio del enfermo: esta no es la calma engañadora ni la peligrosa de la anterior clase, sino un término medio, para pasar al tercer periodo. Debe aprovecharse para hacer evacuar al enfermo con la tisana tamarindada laxante ó con los polvos de magnesia nitrada en las

mayores dosis posibles, segun el estado del estómago. Se auxiliará al vientre con la untura anodina; cataplasmas emolientes atemperantes, y ayudas de las indicadas desde las mas suaves hasta las mas activas, segun la necesidad. La única bebida será de diluentes ó atemperantes, y, en este caso, podran usarse á la natural temperatura:

Si se logran las evacuaciones suficientes seran muy benignos los síntomas que sucedan en el tercer periodo, y, con el mismo método, la enfermedad tendrá un éxito dichoso.

Quando se presentan las evacuaciones, vendran acompañadas de vértigos; fatigas, y sudores frios; y debe acudirse entonces á sostener las fuerzas del paciente con sinapismos volantes á las extremidades y region epigástrica, y permanentes á los pies; y alimentos ligeros, consultando el gusto del enfermo, y, sobre todo, el estado del estómago.

En muchos casos de esta clase termina la enfermedad de un modo feliz, si el enfermo logra las evacuaciones suficientes: y en otros se presentan síntomas alarmantes; principalmente el vómito que impide el socorro interno para promover las evacuaciones ventrales. Para obtener estas debe insistirse con las ayudas mas fuertes y repetidas; y con la bebida opiada paara calmar aquellos, por que la pervesion del movimiento antiperistáltico impide el uso de los laxantes y enemas.

Tambien concurre á cumplificar un estado de disolucion en la sangre manifestada por el epistaxis ó sangre de la nariz y encías, las que desde el

estado flegmasiaco se presentan hinchadas; todo debe corregirse con el tratamiento siguiente.

Sin perjuicio de hacer evacuar al enfermo, según las circunstancias, podran usarse las limonadas frias comunes ó quinadas, si la disolucion es temible; las unturas oleosas laudanizadas á la region epigástrica, y sinapismos y friegas de nieve, con la intermision que se juzgue necesaria para la reaccion.

Cuando se usen estos ácidos, si el estado de las fuerzas del paciente exigen socorros, se preferiran á todos los demas, los caldos de pollo ó ternera con plantas frescas y saturados de limon.

El pronóstico de esta clase de *fiebre amarilla* es dudoso; no de tanto peligro como la anterior; pero su buen ó mal éxito depende, no solo de la misma enfermedad, sino tambien de infinitas circunstancias que ocurren en el enfermo, asistente, y otras exterioridades.

CUARTA CLASE.

Esta clase es muy benigna y la mas comun; invade generalmente á los niños, ancianos y al bello sexo. Siempre se combate victoriosamente con el método sudorífico y el evacuante; siguiendo este sucesivamente al primero en los momentos en que se vean cesar los síntomas característicos de la enfermedad, por medio del sudor. Alguna vez invade con la fuerza que en la tercera clase á los

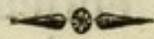
señalados al principio, si á proporcion son robustos y fuertes.

El pronóstico es siempre favorable; solo el abandono ó el desorden pueden hacerlo peligroso.

Ya se sabe que se entiende por método sudorífico, los baños de pies; sinapismos; bebida opiada de segundo orden por cuartas partes, y los diluentes ó atemperantes templados que mas agraden al paciente.



FORMULARIO.

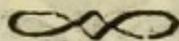


BEBIDA OPIADA DE PRIMER ÓRDEN.

Recipe.

Etracti aquosi opii grana tria
 Pulverum cornu cervi calcinati } ana semi dracmam
 et gummi arabici—

Misce, triturentur bene: posteaque solve in decocti albi sydenham uncias quinque. Syrupi althæ, semiunciam iterum misce.



DE SEGUNDO ÓRDEN.

Recipe.

Etracti aquosi thebaici granum
 Cristalis mineralis, scrupulum
 Pulverum cornu cervi calcinati scrupulos duos
 Misce, triturentur bene, et adde decocti albi
 Sydenham untias octo.
 Syrupi papaveris albi unciam.—Misce.

BEBIDA ETÉREA.

Recipe.

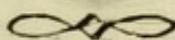
Decocti valerianæ untias quatuor.
 Aquæ mellise simplicis untiam.
 Ætheris vitriolici scrupulum.
 Syrupi citri semi untiam.
 Misce.



TISANA TAMARINDADA LAXANTE.

Recipe.

Pulpæ tamarindorun } ana untias tres.
 et Manne electæ }
 Solve secundum Artem in decocti emolienti
 libram. Syrupi communi Quantum sufficiat
 ad gratum saporem.



PAPELILLOS DE MAGNESIA NITRADA.

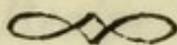
Recipe.

Magnesia calcinatae anglicanae untiam.
 Cristalis mineralis dracmas duas.
 Misce et divide in papiros sex.

ACEITE LAUDANIZADO.

Recipe.

Olei olivarum hispaniæ semi libram
 Laudani liquidi untias duas
 Optime misce



AYUDAS ANTIESPASMÓDICAS.

Recipe.

Decocti valerianæ libras duas
 Tinturæ castorei semi untiam
 Æteris vitriolici dracmam
 Misce pro tribus clysteribus.



AYUDAS QUINADAS.

Recipe.

Decocti cortecis peruvianæ libras duas
 Oximellis simplicis } ana untias duas
 et aceticommunis }
 Misce pro duobus clysteribus.

AYUDAS ANODINAS.

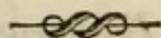
Recipe.

Decocti emolientis cum papavere untias
quatuor.

Laudani liquidi— Scrupulum.

Sirupi papaveri albi— Semis unciam

Misce pro uno clystere.



CATAPLASMA EPIPÁSTICA Ó SINAPISMOS VOLANTES.

Recipe.

Cataplasmatís epispastici } juxta Hispanan
libram.

Ad ussum methodicum.



CATAPLASMA ANODINA.

Recipe.

Cataplamatis anodini landanizati libram.

CATAPLASMA EMOLIENTE Y ATEMPERANTE.

Recipe.

Cataplasmatis emolientis et temperantis factæ
Secundum Artem libras duas.

DEFENSIVOS EMOLIENTES ANODINOS.

Recipe.

Decocti emolientis cum papavere albo untias
quatuor, Lactis communis untiam
Landani liquidi semis untiam.— *Misce*—

Los vegigatorios, segun el número y la parte donde se deben aplicar, seran recetados para la segunda especie de la segunda clase de *fiebre amarilla*, y las limonadas seran hechas en cocimiento de quina unas, y otras, con solo agua natural con la suficiente nieve.

Las ayudas emolientes aciduladas, las purgantes, y salino purgantes, ya se sabe que se hacen con cocimiento de malvas y vinagre la primera; con el mismo cocimiento, vinagre y miel de purga las segundas; y la tercera con agua del mar, la misma miel y vinagre.

COROLARIOS.

El plan antiflogístico y la dieta alimenticia componen el primer tratamiento para combatir la *fiebre amarilla*; y el revulsivo, en la segunda especie de la primera clase.

Aunque las emisiones de sangre son los primeros antiflogísticos, no hay necesidad de ellas en todas las clases de dicha fiebre.

La cuarta clase siempre se vence sin evacuacion sanguínea, y la tercera muchas veces.

En las clases y casos en que se necesitan emisiones de sangre generales ó locales, deben hacerse en grandes dosis y cortos intervalos, para hacer abortar con prontitud la flegmasía; prefiriendo en las generales las de los pies.

Aun cuando sean necesarias las emisiones de sangre nunca deben verificarse en el momento de la invasion; porque ni se puede juzgar entonces de la gravedad del mal, ni tampoco convienen hasta que haya sudado el paciente.

Las emisiones de sangre inconsideradas en la *fiebre amarilla* son causa de tal disolucion, que los enfermos mueren por las grandes hemorragias de las sanguijuelas y ventosas, que es imposible contener.

La evacuacion de sangre aumenta la disolucion; porque cuanta mas cantidad se extrahe, mas

se liquida el resto; y relajándose tambien el sólido se presta mas facilmente á las hemorragias.

Despues del sudor regular ó copioso se juzga mejor de las fuerzas del enfermo y de las de la enfermedad.

Un abrigo proporcionado á la temperatura, y las bebidas templadas son convenientes en el primero y segundo periodo de la *fiebre amarilla*, para promover el sudor, y combatir el espasmo y flegmasía, que se aumentarían con el desabrigo y bebidas frias.

Nada fresco ni frio debe usarse interior ni exteriormente hasta el tercer periodo; por que lo frésco ayuda á las evacuaciones, y lo frio, en caso de disolucion, condensa la sangre, entona y contrahe el sólido relajado.

No se puede vencer la *fiebre amarilla* sin contar con las evacuaciones ventrales y el sudor: son tan necesarios en su caso, como la sangría en el suyo.

Los vómitos y evacuaciones negras, muy frecuentes en la *fiebre amarilla*, no son buenos; pero tampoco son siempre mortales.

Estos vómitos y evacuaciones son de una bilis alterada, y de maligna eualidad; pero no de la sangre corrompida, como han creído algunos prácticos.

El color negro, como de borra de café, con que se expelen estos vómitos y evacuaciones, no es efecto del gangrenismo, como se ha dicho, sino de una bilis alterada que no se evacuó oportunamente.

En todos los periodos de la enfermedad es perjudicial el vómito; debe cortarse por todos los medios que se juzguen convenientes.

La tizana tamarindada laxante, y los polvos de magnesia nitrada se deben contar entre los antiflogísticos de segundo orden.

El ópio, bien administrado, obra como antiflogístico, relajando el sólido, promoviendo el sudor y calmando los síntomas mas alarmantes.

Sin el ópio no se podrían curar muchos casos de *fiebre amarilla*; ni era de ejercerse la medicina.

LISTA.

de los enfermos de fiebre amarilla que se han curado en el año pasado de 1834 con los tratamientos que indica esta memoria.

Antonio Hernandez, natural de Islas Canarias, jóven fuerte y robusto; fué asistido en casa de las señoras Calderones calle de S. Ignacio; se le administraron sangrías generales á los pies, copiosas y repetidas, y locales al epigástrico; llegó al tercer periodo muy complicado y en la segunda clase; se salvó.

Francisco Hernandez, de la misma naturalidad, jóven bien constituido, comprendido en la segunda clase, corrió sus tres periodos; se le ad-

ministraron sangrías locales y repetidas, y se salvó, asistido en la misma casa.

Juan Baez id. bien constituido y de edad consistente; fué asistido en la plaza del Cristo en casa de la señora D^a María de la Luz Portela; comprendido en la tercera clase y sanó despues de haber sufrido los tres periodos sin ninguna emision de sangre.

D. Francisco Morales, peninsular, de veinte y dos años, asistido en la calle de Villegas; comprendido en la tercera clase; sufrió sus tres periodos, y vive en el dia en la esquina de la casa que fué del difunto Sr. coronel D. Manuel Alonso; tampoco sufrió emision de sangre.

El Sr. D. Agustin Pruna, jóven robusto, ayudante del Escmo. Sr. capitan general; comprendido en la tercera clase; se salvó despues de pasar por sus tres periodos; fué socorrido con sangrías generales repetidas á los pies.

El Sr. conde de Zaldivar, jóven de complexion delicada, ayudante del mismo Sr. fué asistido en casa del Sr. Intendente honorario D. Narciso García de Mora; comprendido en la tercera clase, recobró la salud antes de llegar al tercer periodo, sin extraccion de sangre.

Anselmo Iglesias de edad consistente y naturaleza robusta, mayordomo del mismo Sr. comprendido en la tercera clase, se salvó sin emision de sangre.

Benito Cuiti, jóven robusto sirviente del mismo Sr. comprendido en la tercera clase; corrió

sus tres periodos; fué socorrido con emisiones de sangre locales y repetidas, vivió.

Fermin Gaynza sirviente del mismo Sr. de veinte y dos años; comprendido en la tercera clase: sufrió los tres periodos, y está sano sin haber sufrido emisiones sanguíneas.

Matéo Fregoni, cocinero de dicho Sr. de la tercera clase; vive despues de haber sufrido sus tres periodos, y sin ninguna emision de sangre.

El Sr. Frayle, Teniente Gobernador tercero, fué invadido en la segunda clase; socorrido con emisiones de sangre generales y locales copiosas y repetidas, y sucumbió al séptimo dia en el tercer periodo complicado.

Por llamamiento de D. Antonio Castillo, natural de Islas Canarias que vive en la calle de la Muralla, he asistido los siguientes.

D^a María Barrera, de la misma naturalidad, de veinte y cuatro, á veinte y seis años, de constitucion mediocre, sanó sin llegar al tercer periodo en la cuarta clase, y sin haberse sangrado.

D^a Juana Barrera, su hermana de menor edad, se salvó despues de haber corrido los tres periodos en la tercera; id.

D^a Catalina, id. la hermana mas jóven, sufrió los tres periodos en la tercera clase, y se salvó con emisiones de sangre locales.

D. Bartolo Sedres, de la misma naturalidad, de edad consistente, y robusto; corrió los tres periodos de la tercera clase, y se salvó con sangrías generales inferiores y locales.

D. Francisco Santanas, id. de mayor edad; fue invadido en la cuarta clase, y sanó sin tocar al tercer periodo y sin emisiones sanguíneas.

D^a María Castillo, id. de veinte y cinco á treinta años, en la cuarta clase, y sanó sin llegar al tercer periodo, id.

D^a María Delgado, id. de veinte, á veinte y dos años; sufrió los tres periodos de la tercera clase, y se salvó con emisiones de sangre locales.

D. Manuel Lopez, id. jóven, en la segunda clase, fué socorrido con emisiones de sangre inferiores y con locales repetidas y copiosas: se salvó al noveno dia en el tercer periodo complicado.

Ademas de los dichos he asistido en el mismo año tres individuos de la misma naturalidad, de cuyos nombres no he podido adquirir noticias, por haber mudado de habitacion el dueño de la casa en que se curaron. El uno, bastante jóven comprendido en la tercera clase, despues de correr los tres periodos, venció con sangrías generales de pies y locales. Los otros dos, de buena edad y bien constituidos, se salvaron, sin llegar al tercer periodo de la cuarta clase y sin necesidad de ordenarles emisiones de sangre.

FIN.

